

## La maestra rural: Gabriela Mistral en la crónica de Juan Parra del Riego (1917)

### Autor

Juan Carlos Muñoz

### Filiación institucional

Universidad de Concepción

### Correo electrónico

[juanmunozdecastro@gmail.com](mailto:juanmunozdecastro@gmail.com)

### Sobre el autor

Antropólogo. Licenciado en Antropología por la Universidad Austral de Chile. Candidato a Magíster en Historia por la Universidad de Concepción, Chile

En el último tiempo, la dimensión pedagógica de la obra de Gabriela Mistral ha ido cobrando merecida relevancia. Reconstruir las experiencias vitales que la nobel vivió durante su apostolado pedagógico en distintos rincones del país, resulta un ejercicio ineludible para introducirse en su pensamiento. El periodo 1912-1918, en que sirvió como preceptora en el Liceo de Niñas de Los Andes, resultó ser fundamental en su carrera literaria y pedagógica. Aun así, existen pocos estudios de esta etapa, a pesar de existir, aunque dispersas, fuentes para ello. El documento que presentamos a continuación corresponde a una crónica dejada por el poeta peruano Juan Parra del Riego (1894-1925), publicada el 3 de noviembre de 1917 en la revista *Zig-Zag*, en la que describe su visita al poblado de Los Andes y el encuentro con Gabriela Mistral.

La estancia de la poetisa en dicho pueblo cordillerano fue decisiva en la gestación de su obra literaria<sup>1</sup>, pero también de su pensamiento pedagógico. Gabriela Mistral, por entonces Lucila Godoy, se trasladó al poblado de Los Andes en 1912, dado su nombramiento como inspectora y profesora de castellano para el Liceo de Niñas, establecimiento que abandonó con el puesto de subdirectora en 1918. Vivió entonces a las afueras de Los Andes, en el lugar de Coquimbito, inmediato al río Aconcagua (Ver figura 1 y

---

<sup>1</sup> Escribió allí gran parte de los poemas que dieron forma a su libro *Desolación*, así como aquellos con los que el 22 de diciembre de 1914 recibió la mayor distinción en los Juegos Florales de Santiago: sus *Sonetos de la Muerte*.

2). Aquellos seis años de magisterio terminaron siendo una experiencia elemental del ejercicio de la pedagogía en zonas rurales de difícil acceso. Así se refería en 1918: “he vivido aquí los seis años más intensos de mi vida, que todo se lo debo a este sol traspasador, a esta tierra verde y a este río. Hasta tal punto fijé mi corazón en este paisaje hebreo de montañas tajeadas y purpúreas, que quiero llamar a Los Andes mi tierra nativa, la tierra de mis preferencias”.<sup>2</sup>

Durante ese tiempo Gabriela entabló amistad con Pedro Aguirre Cerda, que entre 1915-1918 ocupó el cargo de diputado por las provincias de San Felipe, Putaendo y Los Andes. Dicha amistad sería decisiva para ambos en el compromiso de hacer del sistema educativo una herramienta con la cual contribuir de forma efectiva al mejoramiento de las condiciones de vida de una población mayoritariamente campesina y analfabeta. El propio Aguirre Cerda recordaba las largas conversaciones que mantuvo con Gabriela al respecto, y lo decisivas que ellas fueron en el desarrollo de su propio compromiso pedagógico, volcado en la escritura del libro *El problema agrario*, en cuya dedicatoria a la poetisa, escribió: “Acepte, mi buena amiga, este recuerdo como el esfuerzo primero que hago por realizar sus aspiraciones”.<sup>3</sup> Gabriela trabajó también en esos años con Manuel Guzmán Maturana (1876-1941) en la selección de material para los textos escolares chilenos. En 1918 es nombrada directora del Liceo de Punta Arenas, por su buen amigo y ahora presidente Pedro Aguirre Cerda. Al momento de partir de Los Andes, haciendo una retrospectiva de su estancia, señaló a un periodista:

“(…) no es solamente que aquí haya escrito todos mis versos; es, por sobre todo, que aquí me han dejado ser la maestra que Dios quería de mí. Esto es lo único digno de contarse: he enseñado seis años en su pueblo bajo la dirección de una educadora cuya vida profunda y pura ha puesto en mí los breves toques de luz que mi conciencia mira en sí misma. La literatura jamás fue un fin para mí. El colegio me ha bebido toda la juventud. Mi sensibilidad, mi pequeña cultura, mis grandes entusiasmos, todo lo he dado a la profesión. Soy pobre; este tesoro de juventud era mi único tesoro y se lo entregué de una manera absoluta. Ha habido un ministro andino, don Pedro Aguirre Cerda, quien trajo hasta mi rincón de montaña el ofrecimiento de un ascenso. Se trata de un educador altísimo y de un político que es toda una hermosa figura moral, y acepté la honra que significa un nombramiento que lleve su firma”.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> “Gabriela Mistral se va”, Revista *Zig-Zag*, Año XIV: N°683 (1918), p. 54.

<sup>3</sup> Pedro Aguirre Cerda, *El problema agrario* (París: S/i, 1929), p. 1.

<sup>4</sup> “Gabriela Mistral se va”, Revista *Zig-Zag*, Año XIV: N°683 (1918), p. 54.



Fig. 1 Gabriela Mistral junto a un grupo de amigos. Los Andes, 1918



Fig. 2 Rio Aconcagua. La x indica la ubicación de la casa de Gabriela Mistral.  
En: Revista *Zig-Zag*, Año XIV: N°683, 23.III.1918, p. 54.

Juan Parra del Riego, poeta modernista, llegó a Chile en 1916, en un viaje que continuaría por Argentina y Uruguay. En este último se afincó integrándose al ambiente literario de Montevideo, ciudad en la que entabló amistad con escritoras de la talla de Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou. Murió allí el 21 de diciembre de 1925. En su paso

por Chile, emprendió viaje al pueblo de Los Andes para conocer en persona a Gabriela Mistral, que, con sus *Sonetos de la Muerte*, había alcanzado cierto reconocimiento en el mundo de las letras hispanoamericanas. En las jornadas de un par de días el poeta huancaíno tuvo oportunidad de acompañar a Gabriela en su quehacer diario, accediendo a su vida íntima, austera y abnegada, causándole una profunda impresión. Su visita quedaría plasmada también en un poema que tituló “Gabriela Mistral”, de 1917, en el que expresa una sentida despedida: “Adiós, Gabriela/mañana me voy/Que le diré a América/de tu corazón?”.<sup>5</sup> De esa visita nos ha quedado la crónica que presentamos a continuación.

---

<sup>5</sup> Juan Parra del Riego, *Poesía*, (Montevideo: Ministerio de Educación Pública, 1943), p. 115.

### La maestra rural

Tomo el tren para ir a Los Andes a ver a Gabriela Mistral. En el carro, con la cara al viento de la ventanilla que desdobra panoramas, pienso en todo lo que me han dicho de ella: “es huraña”, “es rara”, “una teósofa solitaria”. Pero el encanto sorpresivo de la entrevista estimula mi curiosidad. Y espero. Y dejo que el son metálico y monótono de la máquina meza mis ideas, mientras ven mis ojos en el paisaje que se fuga, monjes-álamos, casitas idílicas, un rebaño que pasa y como en una pastoral griega, allá lejos, una yunta inmóvil con su boyero al pie.

A la hora del crepúsculo llegamos a Los Andes. Desde la estación ya reconforta la apacibilidad provinciana del ambiente. Miro a todos lados: hay casas, árboles en otoño, un girón de alameda, un letrero de hotel. Pero la verdad, yo bajo insensible al paisaje objetivo, porque voy lleno de Gabriela Mistral. Y sin pensar en otra cosa me dirijo al acto al coche que aguarda allá con su auriga adormilado en el recio poncho abrigador.

-Al Liceo de Niñas... ¡pronto!

-Yo no sé dónde está, “patroncito”.

-¡Caramba!... ¿Conoce Ud. a la señorita Gabriela Mistral?

-¡Como no, “patroncito” ... si es muy buena!

Y mientras parte el coche veloz, yo pienso en este “si es muy buena” del cochero y me lleno de consideraciones sentimentales. Pero antes de llegar a la casa que él después me señala, hago un pare en la esquina porque no quiero llegar hasta donde ella como un burgués. Y, en seguida, con mi maleta en la mano, toco una puerta humilde. Alguien llega a recibirme. (No sé porque me palpita nerviosamente el corazón). Aparece por fin Gabriela Mistral. Me turba un poco al principio su aspecto grave; pero la claridad de la sonrisa que se abre en su cara me pide la palabra trémula. Y hablamos. Y juntos así seguimos hasta el Liceo, donde a ella le parece más agradable conversar.

Gabriela Mistral es de alta silueta distinguida. Peinada como Luisa Michel y con su traje obscuro, en su paso atrae una gracia noble y severa. Pero como todas aquellas mujeres a quienes el pensamiento intensivo cava ojos profundos y la lectura copiosa da cierto aire intelectual, su cara es seria y casi melancólica. Se piensa en madame Severine y Annie Besan. Y con su grave vestido sin una alegre blonda femenina, una socialista rusa se diría cuando expone ideas con su fuerte talento y su palabra cálida. Sin embargo, se presiente a la dulce compañera cuando comenta sentimentalmente la vida y tiene de repente en los ojos una emoción de lágrimas al asecho. Pero el encanto decisivo está en su charla. Cuelga de los labios su conversación envolvente y rica. Cada palabra de ella se dobla cargada de vida interior como una espiga madura. Y su razonamiento “no admite replica”, como ha dicho alguien muy bien.

Y en la salita del Liceo llena de libros y con diplomas de “las señoritas” en las paredes, a donde ella me ha llevado, yo me dedico a oírla devotamente. Ella habla de Santiago. Recuerda a Barrios, a Daniel de la Vega, a Jorge Hubner. Y anota después proyectos literarios, mientras yo, con cálculo de frenólogo, quiero hallar relaciones de su inteligencia con la frente lírica, los ojos anchos y el labio delgado.

La señorita directora se acerca a la puerta.

-El poeta Parra del Riego- me presenta Gabriela Mistral.

Y con la mano finísima de la directora recibo su nombre: Fidelia Valdés Pereira. Yo le digo algo de la buena impresión que me da el Liceo, lleno de patios claros. Ella se sonríe y me promete hacer que lo conozca mañana, invitándome a almorzar.

Al otro día en el Liceo es un almuerzo dichoso. La directora, Gabriela Mistral y yo, somos los únicos comensales. Desde la llegada es una fresca emoción el trajecito blanco de la colegiala que se escapó tras una puerta. En la mesa se desovilla una conversación cordial. Pasan guisos fragantes. La charla de Gabriela Mistral nos deja en suspenso algunos bocados. La señorita directora aprueba todo lo que yo digo. Y mientras como un romano de la decadencia paladeo el vino perfumado como fruta que me sirven, yo me siento enternecido entre el “olor de santidad” de las dos amabilísimas damas solteras.

Después salimos a los patios. Y empieza la visita. En una sucesión de luminosos cuartos con limpieza de convento, atlas geográficos en las paredes y carpetas relucientes a lo largo. Pero donde yo me detengo sorprendido es ante la sala de “Economía Doméstica”. En oblonga habitación que ventilan altas ventanas se ve un comedor tan definitivamente arreglado, que parece que sólo estás esperando el banquete elegante. Es donde las colegialas se sirven el almuerzo que ellas mismas se preparan laborando así, alegremente y sin darse cuenta, por aquella madrecita de familia que a todas les reserva el futuro.

Emocionado yo ante tal organización, interrogo con interés de periodista a la señorita directora. Le pregunto qué otra originalidad tiene el Liceo. Pero ella, más inteligente que yo, me responde:

-La única originalidad que tiene es tener de maestra a Gabriela Mistral.

Yo, comprendo y me sonrío.

\* \* \*

Por la noche de ese mismo día vuelvo a ver a Gabriela Mistral. En su cuarto lleno de libros, la hallo junto al brasero. Al amor de las brasas nuestra charla se hace más confidencial. Y ella me indica que uno los de los “libros de lectura” del Liceo que hay sobre la mesa y que tienen versos suyos. Lo ojeo y a medida que voy leyendo verso y prosa descubro toda una literatura para niños que es una revelación. Allí Gabriela Mistral, más sutilmente que Anatole France en “Baltazar y Abeja”, ha embellecido idealizándolas, todas aquellas pequeñas fábulas y leyendas de Caperucita Roja, que antes solo resonando en crasa vulgaridad se hacía llegar a las criaturas. Es una labor de sabia, de artista y de maestra. Nada más que por ella tendría derecho Gabriela Mistral a su alto nombre.

Pero yo le pido que me lea después sus versos serios. Ella me sonrío y me vacila. Porque Gabriela Mistral, como muy pocas mujeres con talento, es sencilla y reservada. Tengo que hacer nuevas instancias para que acceda. Y empiezo a oír entonces de su voz veladamente sentimental los versos más limpios y hondos que oído en mi vida. No hay una imagen vieja, un símil mitológico. Palabras, ideas, todo parece que nunca se hubiera conocido. Y sin embargo todo nos repercute al acto en el corazón. Y es que como un lenitivo trágico en cada estrofa rotunda y cada verso lagrimeante, Gabriela Mistral tiene la obsesión de la Muerte. Solo que ella no va como la mayoría de los filósofos del elemento negativo al positivo, es decir de la vida a la muerte. De la huesa lívida ella arranca su dolor sonoro. Filósofa de izquierda a derecha, como Vargas Vila.

Y hay que pensar en la consonancia entre la obra y la vida que tiene esta mujer admirable. A su verso sanguíneo, tajante, corresponde un afán cotidiano de luchadora heroica y recia. Rasgos que parecen de vida de mártir se cuentan de la suya. Ella no jugó de niña. “Supo de dolor desde la infancia”, como diría Rubén. A añejado su licor de lágrimas a la sombra de trepidante vida.

Todo eso pienso yo mientras leo. Pero sin poder evitarlo desdoble en seguida mentalmente un día de su vida: Y la veo en horas de clase, indulgente y maternal; y después acogedora en su casa de donde ha poco sale una mujer del pueblo, o una criatura o un hombre con un paquete disimulado bajo el brazo. O hablando en la calle con gente pobre de cosas de bondad; o más tarde, por la noche,

en la soledad de su cuarto de estudio, exprimiéndose como un rojo racimo de lágrimas, su corazón junto a “su muerto” inolvidable. Porque en Gabriela Mistral tiene un perfil de héroe el apóstol y una sensibilidad de Santa Teresa de Jesús la mujer.

Pero ha sido hoy, al volver en el tren de Los Andes, cuando he pensado en lo imposible que es querer abarcar a Gabriela Mistral en el estrechísimo marco de una crónica. Solo si puedo asegurar que no es la “rara”, “huraña”, ni la “teósofa solitaria” que algunos decían. Vive en demasiada comunicación bondadosa con la vida para ser una “rara” o una “huraña”. Está profundamente consagrada a la Biblia para ser una “teósofa solitaria”.

Y pensando en el serio estudio que yo quisiera haber escrito sobre ella he dejado que ese recuerdo lírico se junte a esa poesía melancólica que tienen las campanas del tren cuando llega por la tarde a la estación.

Juan Parra del Riego

Juan Parra del Riego, “La maestra rural”, Revista *Zig-Zag*, Año XIII: N°663 (3 de noviembre de 1917), Santiago de Chile, Empresa *Zig-Zag*, pp. 37-38.